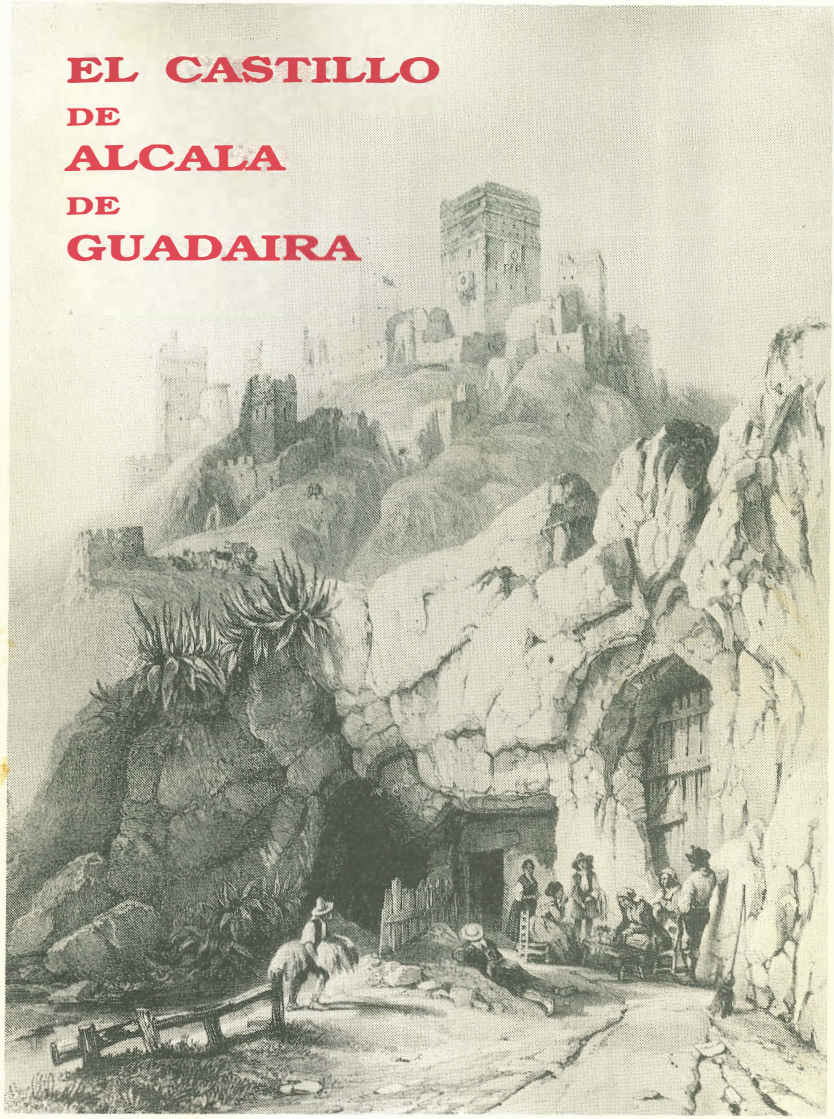
EL CASTILLO DE ALCALA DE GUADAIRA



FRANCISCO GARCIA RIVERO

FRANCISCO GARCÍA RIVERO

EL CASTILLO
DE
ALCALÁ DE GUADAIRA

(Visita al Castillo, lugar de nuestras raíces)

Alcalá de Guadaira, 1995

Fotocomposición e Impresión:
Imprenta Guadaira, S. L. - Alcalá

INTRODUCCIÓN

La actual Alcalá de Guadaira que conocemos, tuvo su lejanísimo nacimiento en la corona de uno de los más bellos alcores de la cadena, que se hallaba abrazado por el pequeño pero vital y riquísimo río Guadaira.

Este emplazamiento tan bien escogido, comunicado visualmente con Sevilla y de fácil defensa, acogió a los primeros habitantes generadores de este pueblo, de los que se ha comprobado que sus primeras huellas nos hablan de miles de años. La edad del bronce junto a la Torre Mocha y los iberos junto a la Torre Gorda, nos mostraron su existencia y vida aquí. (Al menos cuatro mil años).

En la cima del alcor donde continúa el Santuario de Nuestra Patrona, fueron naciendo y existieron durante muchos siglos, las casas y calles que constituyeron la primera Alcalá.

El lugar hoy deshabitado conserva el trazado de su cerca amurallada, y en su punto culminante perdura el templo, centro espiritual de todas las razas que aquí vivieron, y que Fernando III convirtió definitivamente al cristianismo.

Para ayudar a no olvidar estos lugares y a conocerlos y amarlos más, deseo invitarte a visitarlos conmigo, comentando algo de lo mucho que de ellos puede decirse.

Los detalles de la visita que te propongo, no son más que algunos de los que creo servirán para empezar a conocer el gran legado histórico que en piedra, nos dejaron nuestros antecesores.

Mucho más y más acertada y profundamente se puede hablar de todo lo que te escribo, pero para una primera visita de presentación y conocimiento, lo he considerado suficiente.

Queriendo haber acertado, con mis mejores deseos, espero tu decisión de acompañarme en mi relato.

Francisco García Rivero

VISITA AL CASTILLO, LUGAR DE NUESTRAS RAÍCES

Subamos a nuestro cerro del castillo, para contemplar y recrearnos con lo que queda de la primitiva Alcalá amurallada. Vayamos con el respeto que merece este lugar, porque en él nació nuestra prehistoria más lejana y se desarrollaron los entusiasmos, vivencias, angustias e ilusiones de las múltiples generaciones de alcalareños que lentamente, durante muchos siglos, fueron conformando su pueblo, hoy nuestro, y la gran identidad que lo singularizaba.

En el solar que comprendía la corona o parte superior de este bello alcor, nació nuestro pueblo como tal. Aquí estuvo entre otros varios nombres, la Hienipa de los griegos y la Al-Kalat Guad-Xirá de los árabes.

De ella nos perduran las poderosas ruinas de su gran castillo de once torres, el Santuario de la patrona que fue asentado sobre la que había sido humilde mezquita de la villa árabe y muy posiblemente templo anterior a los árabes, también se pueden contemplar los restos de las poderosas murallas y torreones de su cerca, enlazados por una muralla baja que se construyó en los años cuarenta de este

siglo, siguiendo muy aproximadamente el trazado de la última almohade. Esta muralla nos señala la extensión de la villa primitiva. También sobre la cuesta de Santa María, avanzan los restos de una poderosa edificación, con hermosa torre visitable que conocemos como la Torre Mocha, y que a pesar del mal trato del tiempo y el abandono, puede contemplarse todavía.

Pero empecemos nuestra visita por el principio, o sea, por el final de la cuesta de Santa María, donde estaba situada una principal puerta de entrada a esa nuestra villa amurallada.

Desde aquí puede contemplarse un abierto y hermoso paisaje, que tiene en la parte más baja a nuestro río Guadaira, pero no hablemos del río para no entristecernos y miremos más cerca, hacia la pendiente que desde donde nos encontramos baja bruscamente hacia él. Por esta falda hoy cubierta de casas, fue por donde la nueva Alcalá se salió del castillo buscando la vaguada frondosa que la acogería y aquí nacieron las tres calles que huían del agobiante encierro de las altas murallas, perdido ya el miedo al moro acorralado en Granada.

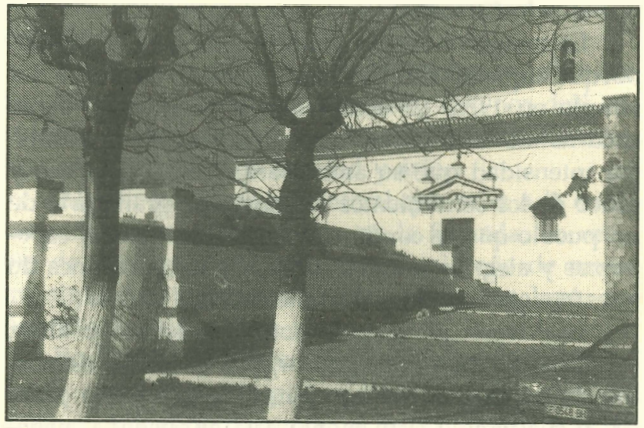
La cuesta de Santa María donde nos hallamos, la calle Ancha o de San Fernando abajo, y la de San Miguel entre ellas, corrieron paralelas en su huida, buscando expansión hacia los arroyos, las huertas y el paisaje abierto y libre, por las tres puertas que la muralla tenía en este costado.

Al final de la cuesta donde nos encontramos, tenemos el primer torreón defensivo de la muralla exterior, macizo y con azotea almenada, que fue re-

parado sobre el antiguo, que conocimos muy deteriorado, por los franceses y el tiempo.

Parémonos un poco y miremos hacia el Santuario, primitiva mezquita que como dijimos, Fernando III convirtió al cristianismo sin dudarlo y que en el siglo XIV fue hermoseada, restaurado lo conservable y culminada su torre alminar con un campanario cristiano.

A nuestra izquierda mirando hacia ella, encontramos una construcción grande y fuerte, no muy alta, blanqueada y con terraza encima de planta casi cuadrada. (Foto n.º 1)



N.º 1. Primer depósito de agua para Alcalá.

Se trata del gran depósito que a final del siglo pasado, se construyó para suministrar de agua mediante tuberías y grifos a una parte de la nueva po-

blación, cuando los pozos eran ya insuficientes e incómodos. El agua le llegaba por un tubo enterrado que atravesaba el Guadaira, y subía desde la casa de máquinas de la Retama, situada en la orilla izquierda del río, junto al camino del Vivero. Era el agua de un antiguo manantial llamado del Negro, que fue raptado para ello. Este depósito ha dejado de utilizarse como tal.

A nuestra derecha, tras unas terrazas escalonadas, vemos desde aquí los restos fortísimos que cobijan a la Torre Mocha y que después visitaremos, pero antes de continuar nuestro recorrido, acerquémonos al Santuario y entremos si está abierto, para visitar a la Patrona.

La imagen no es la primitiva de San Fernando, porque aquella fue destruida con el incendio del templo en 1936. La actual que la reemplazó, sigue encarnando la devoción de los creyentes con la misma intensidad que su antecesora, y es el depósito y cauce de los sentimientos religiosos de gran parte de un pueblo que le confió sus angustias, llantos, esperanzas y alegrías íntimas, aliviando los corazones de nuestras generaciones durante muchos siglos.

La Virgen al verte te sonreirá desde su altar, mostrándote a su Niño con orgullo cariñoso, demostrando su alegría por tu visita. Pienses como pienses y si vas solo y tu mente está angustiada, prueba a sentarte en uno de los bancos, relájate y háblale de tus angustias, problemas o nobles deseos, mirándola como a una madre, y notarás al salir que un poco o un mucho, bastante, se han cargado de paz tus baterías.

Antes de salir, y aunque casi todo lo del interior del templo es moderno, fíjate en las tablas del Vía Crucis, de una gran belleza, que nuestro Luis Romera realizó en impactante color siena sobre oro. Acércate a la cabecera de la nave de la Epístola, para que puedas ver la pintura mural que ha sido recientemente redescubierta en el lugar, y que representa a San Mateo entregando su Evangelio a Santiago, y lamentarás su deterioro, motivado por su larga ocultación y olvido tras un retablo, y por la acción destructiva del tiempo y la humedad. Se fecha su autoría en el siglo XIV, por lo que puede ser uno de los murales más antiguos de Andalucía. Su proyectada restauración nos llenará de satisfacción y orgullo.

En la nave del Evangelio tenemos un altar de San Mateo, con la imagen del santo que nos dejó esculpida el gran alcalareño Manuel Pineda Calderón, hombre irrepetible en bondad y arte.

Al salir por la puerta lateral que mira a la cuesta, podemos ver junto a ella, en la fachada, un retablo de la Virgen que otro gran alcalareño de nuestro siglo, Martín Bermudo (Campito), nos legó, reflejando su arte y buen hacer.

Rodeemos el Santuario y veremos tanto el camarín como el ábside por su exterior, recuperada su vista en los años cuarenta, al hacer desaparecer la sacristía y el viejo cementerio que los ocultaban. Muestran la belleza de su arte mudéjar, rematado por almenas escalonadas, resultado de la gran remodelación del siglo XIV. También podemos ver la torre campanario, que como modesta y pequeñi-

ta giralda, asentó su cuerpo de campanas sobre la torre alminar musulmana, desde cuya azotea llamaba el almuédano a la oración a los habitantes de la pequeña villa que apretadamente la rodeaba.

El espacio que ocupó esa villa, son ahora las hermosas terrazas que a varios niveles y rodeando el Santuario, cobijaron una bonita feria de Agosto durante más de cuarenta años. En su lugar, hasta el siglo XVII en que se quedó sin vecinos, estuvo nuestro primitivo pueblo rodeado y protegido por la extensa cerca de poderosas murallas y torreones que todavía se ve bordeando estas terrazas. El plano de la villa antigua y del arrabal con la situación de sus calles, murallas, puertas, torres, fosos, etc., se lo debemos a D. José María Suárez, párroco de Santiago a final del siglo XVIII y principios del XIX que lo realizó ya, por las ruinas de las casas y calles abandonadas. Él tenía una demostrada amistad con nuestro padre Flores, al que se lo legó y éste lo depositó con el manuscrito de su historia de Alcalá a D. Manuel del Trigo, cuyos herederos lo conservan. (Plano n.º 24). Mirando el plano pensemos un poco sobre las calles, las sesenta casas que las formaban según los datos del Repartimiento, y su plenitud de ajetreada vida.

Vayamos ahora hacia la Torre Mocha, pensando que entre ella y el torreón del final de la cuesta de Santa María estuvo una gran puerta de entrada al pueblo de la que nada nos quedó. Se llamó la puerta de Santa María o Real y debió ser acodada, como las otras importantes, defendida por antemuro, muralla alta y torreones, estando la verdadera puerta

de arco, junto a la Torre Mocha, y su acceso encajonado entre murallas al final de la cuesta actual.

Entremos en el gran recinto sin techo que es lo que nos queda de esta importante edificación y que fue una de las partes más antiguas de nuestro pueblo, avalado por recientes excavaciones en sus cimientos. Debió ser una torre vigía importante, conectada visualmente con un rosario de ellas, como las de Gandul, Marchenilla, La Membrilla, etc... y Sevilla; serviría también para vigilar el puente romano tan importante para las comunicaciones con los puertos, y el frondoso valle de huertas por el que discurría también el subterráneo acueducto tan vital para Sevilla.

Tanto la torre como el fortín o alcazaba que tenía a sus pies y la cobijaba, defendían también la cuesta y camino de acercamiento y entrada a la villa, así como a la propia puerta. Fue sin duda un edificio público utilizado como cuerpo de guardia de la puerta y probablemente como Ayuntamiento, como se conoce que hicieron los cristianos. En ella, sobre 1630, vio Rodrigo Caro la lápida de Hienipa.

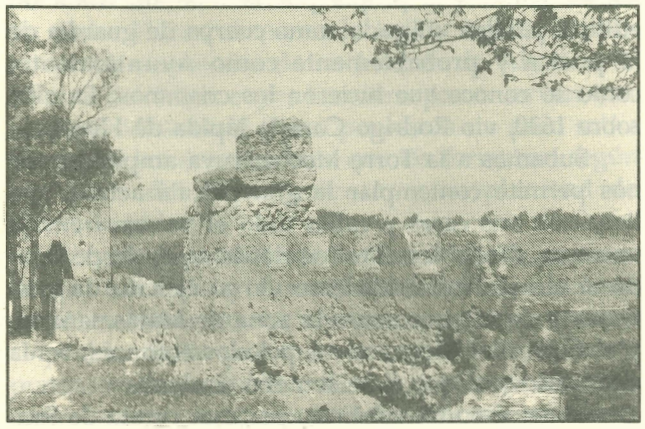
Subamos a la Torre Mocha, cuya amplia azotea nos permite contemplar la gran Alcalá actual, que llena con sus casas y calles todo el paisaje frente a nosotros. Probablemente fue desde aquí, desde donde el alcaide moro Mulease vio al ejército de cristianos y moros que sobre la zona de Malasmañanas y el Cerro del Moro, cerros pelados entonces, venía a acosarlo y al que él se sometió sin lucha.

Imaginémonos subiendo por esta cuesta de Santa María a Fernando III con su corte guerrera inclui-

dos algunos de sus hijos, el rey moro de Granada, Pelay Correa y otros capitanes, seguidos por trescientos caballeros castellanos y quinientos vistosos caballeros árabes: Subiría lleno de fuerza y serio orgullo para tomar posesión de la villa y su castillo. Fue uno de los momentos culminantes y de máxima inflexión en la historia de Alcalá.

Al pie de esta Torre Mocha, puede verse todavía la barbacana almohade.

Bajemos de la torre y atravesemos las hoy terrazas, por la parte norte que mira a Sevilla, a la vista de la muralla exterior que tiene todavía restos almohades, enlazados por la muralla baja reciente. (Foto n.º 2). En ella resiste también una torre con azotea almenada y escalera exterior, como la torre del final de la cuesta, ya vista. Las torres que cercaban



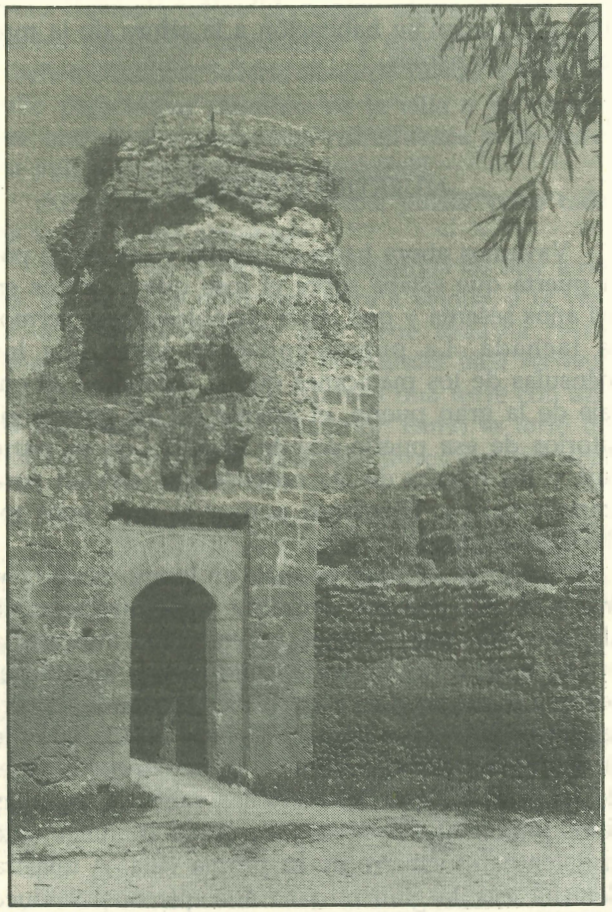
N.º 2. Cerca de la villa con restos almohades.

a la villa y que servían para su vigilancia y defensa son macizas, sin cámara, a diferencia de las del castillo, que tenían su habitación a la altura de la muralla, bajo la azotea.

NUESTRO CASTILLO

Vayamos ahora hacia el castillo y entremos por la puerta que estaba sobre el foso que cegamos en los años sesenta y que tanto ennoblecía esta hermosa fachada. La puerta conserva sobre ella las ménsulas de los matacanes que la defendían, el encaje de la gran puerta, el asiento de los goznes giratorios de esa puerta-puente levadizo en su parte baja y los huecos de las cadenas que servían para izarla y bajarla. Fijémonos porque es muy bella todavía. (Foto n.º 3)

Al entrar veremos un corte en la muralla de enfrente de ella que nos permitirá subir directamente al patio alto, pero el corte no es ni fue nunca una puerta o arco: fue un corte que hicieron los franceses que tomaron Alcalá en 1810. Olvidando el corte, vayamos hacia la izquierda por el pasillo que fue la verdadera entrada. El muro de la izquierda es el de la fachada, que conserva las saeteras, algunas como imponentes troneras para armas de fuego, que la defendían inclusive de su propia villa. A nuestra derecha está la gran muralla alta que nos conduce a una de las dos torres octogonales y que también defendían desde más arriba, la fachada, la puerta, y



N.º 3. Puerta del castillo o alcazaba y torre octogonal.

este obligado pasillo de acceso. Otra torre octogonal la hemos dejado a nuestra espalda, junto a la puerta y el corte de los franceses.

Estas dos torres, construidas de mampostería con el repaso exterior minucioso de las llagas de unión de las piedras, nos muestran a veces los rollizos de madera que sirvieron para los tapiales del mampuesto y que quedaban enterrados, al contrario que los de construcción árabe y posteriores, que se iban retirando y utilizando siempre los mismos, dejando mechinales. Según los historiadores más repetidos, son las torres más antiguas del castillo, al menos romanas.

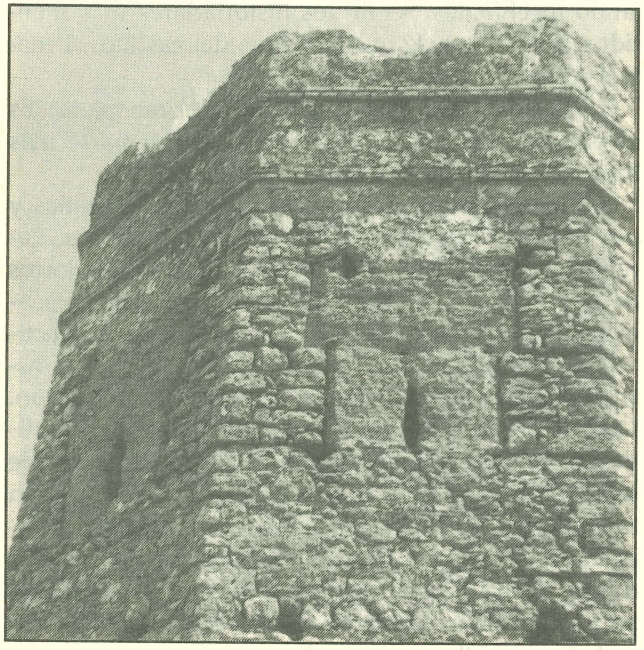
Entramos a continuación en un gran patio: Es el patio de la Sima, porque en él, en su parte más baja, se encuentra este enigmático pozo.

El patio está rodeado por unas altas murallas y por seis torres de diferentes tamaños y estilos. Parémonos un poco y observaremos que en las torres de este patio, como en todo el castillo, está presente un importante muestrario de maneras constructivas en fortalezas, que nos gritan los distintos constructores que las edificaron, rehicieron o retocaron. Las defensas, torres y murallas de nuestro primitivo pueblo, fueron construidas de mampostería o de tapiales, que si no son protegidos por la cal, son muy deteriorables, por lo que tienen vestigios y repasos de todas las épocas. Los sillares de las más duras piedras de nuestro suelo, que se utilizaron para reforzar o construir torres, resisten mejor los embates del tiempo.

La primera torre a nuestra derecha, como diji-

mos, es una de las dos octogonales, tal vez las más bellas y singulares por su trazado y por lo completo de su obra de mampostería.

Esta torre nos muestra unas aspilleras en la parte alta de sus caras, pero estas se hicieron en el tapamento con tapial que se ve tan postizo, de unas ventanas anteriores que tenía la torre, que en su principio debió ser residencial y después fue transformada en defensiva. (Foto n.º 4)



N.º 4. Aspilleras añadidas en torre octogonal.

Las otras torres de nuestra derecha unidas a la anterior por una gran muralla, son ya de planta cuadrangular, destacando la segunda. Ambas fueron construidas básicamente de tapiales como las murallas y como construíamos aquí nuestras casas hasta hace no muchos años, en una clara herencia constructiva de estos predecesores nuestros. En sus esquinas y base están reforzadas con cantería de las más duras piedras de nuestros alcores.

No tienen aspilleras ni ventanas, y la entrada de su cámara está a nivel del camino de ronda de lo alto de su muralla, pero por el patio más alto que luego veremos.

La segunda de estas torres es la única que tiene dos estancias o pisos en nuestro castillo: la superior que ya comentamos y la inferior, que es una habitación de paso entre patios. El escudo que muestra sobre el arco de la puerta que da a este patio de la Sima, avisa de que aquí empezaba una parte más interior e íntima. Las tres torres vistas, eran interiores, por lo que no precisaban aspilleras, sino recato y si acaso ventanas de placentera vista como la octogonal.

Este escudo con castillos y leones como el de los reyes cristianos desde Fernando III hasta los reyes católicos, pero con llaves a los lados con las guardas hacia abajo, nos indica la estirpe ilegítima aunque unida al rey de Castilla y León, que fue su dueña. Leonor de Guzmán puso su escudo y el de sus hijos, ilegítimos de Alfonso XI, en la puerta del alcázar que su amante le había regalado de por vida, no olvidando colocar el cordón o lazo que debía ro-

dear al escudo, cuando según la Heráldica, correspondía a una dama. (Foto n.º 5)

N.º 5. Escudo de la torre entre patios.

Presionado por el rey, el Concejo de Sevilla cedió a Leonor nuestro castillo mientras viviera, y ésta hizo obras y colocó dos escudos en él. (Tumbo de Sevilla, folio 66, doc. de 25 de diciembre de 1332). Este escudo de su alcázar particular podemos contemplarlo todavía.

Sigamos con la vista la muralla que continúa cerrando el patio por ambos lados, y observemos sobre ella los asientos de vigas desaparecidas y restos de muros interiores que nos muestran las habitaciones que existían en casi todo su perímetro.

En la parte más baja del patio, cuadrándolo por sus vértices en la muralla Sur, vemos dos bellas to-

rres de planta cuadrada, mejor conservadas que las anteriores y edificadas totalmente de cantería. Son las más modernas, y cristianas en su parte visible. La de la izquierda, la más hermosa, es la Torre de los Escudos, que se ve al subir por la carretera hacia el Santuario. Estaba próxima a una importante puerta de la villa, por lo que en ella se colocaron los más destacantes escudos del conjunto y además fue a la única a la que se le construyeron los matacanes de defensa de las puertas, cuyas ménsulas siguen resistiendo todavía.

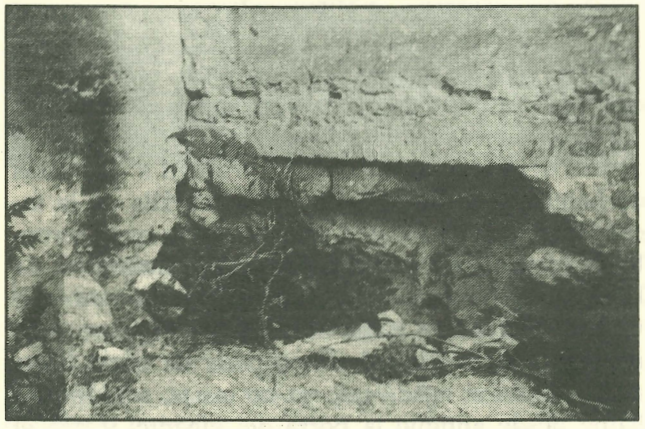
Los constructores últimos de estas dos torres fueron los cristianos, (del siglo XIV según Torres Balbás), pero en sus cimientos y parte más inferior nos muestran una mucha mayor antigüedad.

Acerquémonos a la Torre de los Escudos por dentro del patio, asomándonos primero a los restos de habitaciones que pegados a la muralla de la fachada, conservan todavía bastante de lo que fueron. Estos fueron los cuarteles, cuadras y almacenes de la tropa de guarnición del castillo. En el primero que vemos, excavado a cierta altura sobre el muro interior de la fachada, está una especie de canal hacia arriba, hasta el tejado que ya no existe, a lo que se llamó desde antiguo la porra del gigante, y que el Padre Flores, creía que pudo ser una pequeña y rústica chimenea. Aunque estimo carece de verdadera importancia, lo comentamos como curiosidad que pervive.

Al colocarnos bajo la torre, tenemos a la izquierda, en lo más bajo del patio, La Sima, el enigmático gran pozo que ahora está tapado con una bóveda,

pero que sobre ella se pueden ver todavía las grandes dimensiones que tiene. Se trata de un pozo de 3,5 x 2,5 metros de lado y con más de 15 metros de profundidad actual, hasta los escombros que están en su fondo. Su destino es desconocido, pero pudo ser una noria, creemos que con galerías.

En la cara interior de la torre vemos incrustado un dintel de puerta inexplicable hoy, pero que apunta a una puerta de acceso directo en la parte baja de ella. (Foto n.º 6), y a su pie, unas recientes y profundas excavaciones, nos mostraron la mampostería de otra torre mucho más antigua sobre la que se reedificó la actual.



N.º 6. Dintel cara interior de la Torre de los Escudos.

La torre compañera del otro ángulo del patio, es también cristiana y reedificada sobre la base de

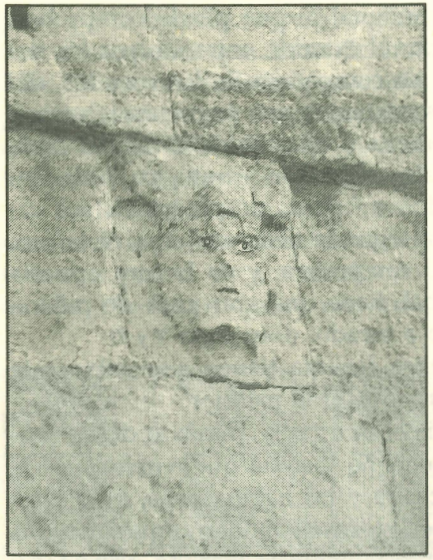
otra mucho más antigua, lo que puede comprobarse observándola por el exterior, entrando por las siete revueltas. Con su compañera de los escudos, debió tener para los cristianos una importancia oficial, tal vez como capitanía u oficinas militares del castillo: tienen una buena situación estratégica, huecos o alacenas, y escudos o figuras de piedra en sus caras exteriores. Esta segunda tiene una cruz en la cara que enfrenta a su compañera, y en la cara opuesta que mira al arrabal, tiene una gran cara de piedra, con extraño casco o tocado. (Fotos núms. 7 y 8)

Para ver ambas figuras tienes que subir a la muralla de la torre, o salir al exterior.

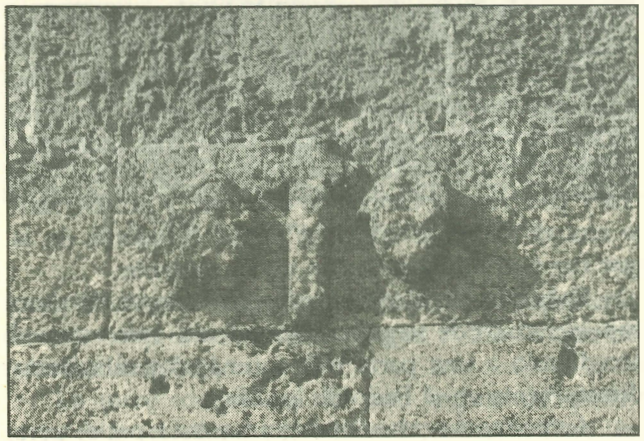
Subamos hacia el otro patio, mirando desde abajo y al paso, al pequeño torreón que tenemos sobre el muro de la fachada y las habitaciones, todo también de mampostería; es más moderno que las otras torres, defiende directamente la fachada principal y tiene en lugar de cámara y debido a su pequeñez, un solo pasillo acodado de paso y la escalerilla que sube a la pequeña azotea. Muy posiblemente fue construido en el siglo XV, cuando las luchas entre los Guzmanes y los Ponces de León, que tanto fortalecieron nuestro castillo. Eran los parientes maternos y paternos de Leonor de Guzmán, y posiblemente ambas ramas se creyeron justos herederos de la que fue tan íntima posesión de su pariente.

Entremos en el otro patio por la torre de paso bajo el escudo de su puerta, conociendo que estamos accediendo a una parte más íntima, desembocando directamente en el Patio de los Silos.

Actualmente parece un gran y solo patio, pero



Nums. 7 y 8. Cara y cruz en laterales de la torre del Patio de la Sima.

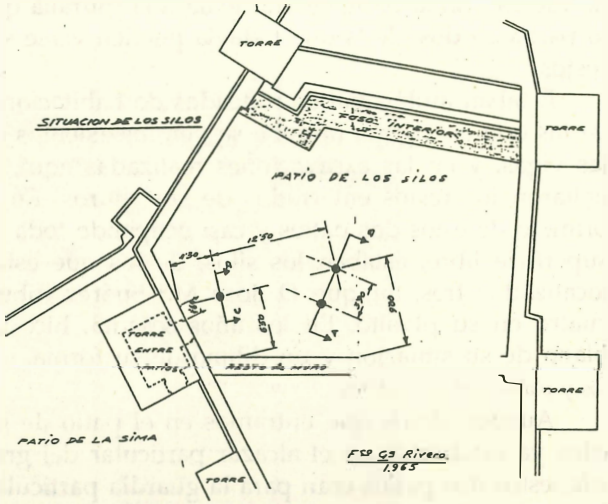


no fue así: En la parte central tenía una muralla que lo partía en dos, de la que todavía pueden verse sus restos.

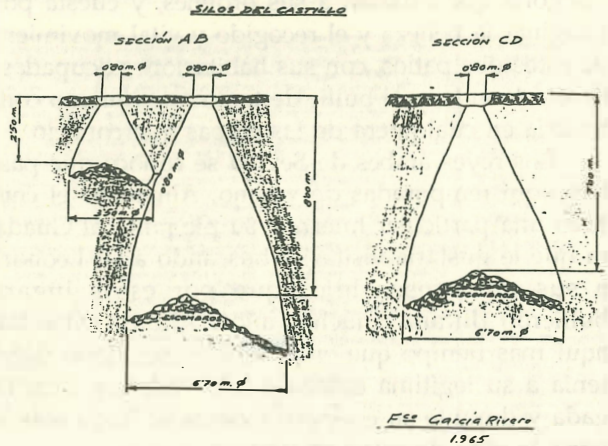
Estaban ambos patios rodeados de habitaciones de las que en alguna muralla se ven los asientos de las vigas, y en las excavaciones realizadas aquí, se hallaron los restos enterrados de sus muros. En el primero de estos dos patios y casi ocupando toda su superficie libre, estaban los silos, de los que están localizados tres, aunque D. José M.ª Suárez dibuja cuatro en su planito. En los años sesenta, hice un plano de su situación y un dibujo de su forma. (Fotos y planos del n.º 9 al 12)

Aunque desde que entramos en el patio de los silos ya estábamos en el alcázar particular del gran jefe, estos dos patios eran para la guardia particular, la servidumbre y los empleados de mayor o menor categoría que estarían a sus órdenes, y cuesta poco imaginar la belleza y el recogido y vital movimiento de estos dos patios, con sus habitaciones ocupadas y llenas de vida, y el bullir de tanto movimiento como tendría en cualquiera de las etapas que conoció.

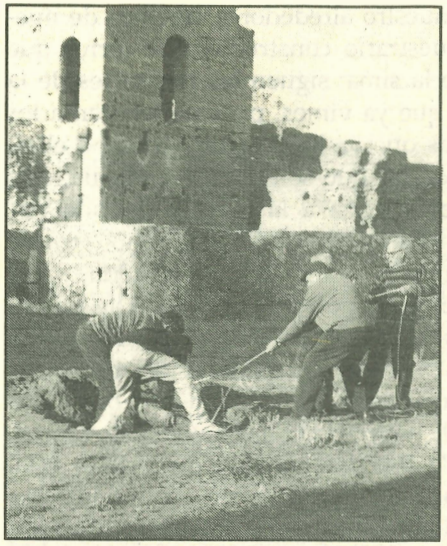
Los reyes árabes de Sevilla se conoce que pasaban aquí temporadas de verano; Almanzor el chico tuvo una particular huerta a su pie junto al Guadaira que le gustaría visitar; y buscando a su Leonor y a sus numerosos hijos que por estos lugares bullieron durante muchos años, Alfonso XI estaba aquí más tiempo que en el alcázar sevillano donde tenía a su legítima esposa e hijo Pedro, y a su llegada y durante su estancia, todavía se hacía más intensa la vida de estos rincones.



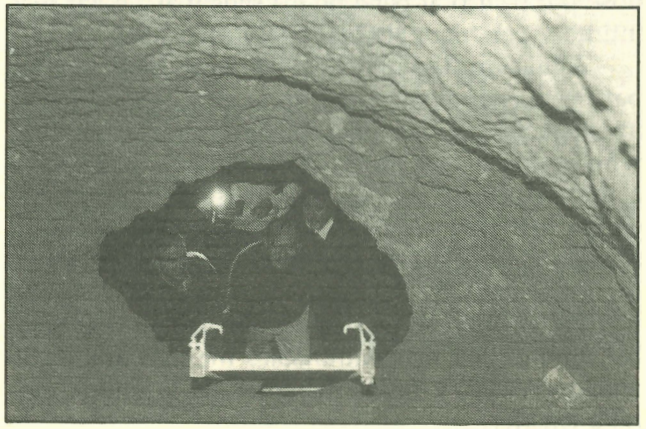
N.º 9. Plano de situación de los silos.



N.º 10. Sección de los tres silos conocidos.



N.º 11. Destapando un silo.



N.º 12. Interior de silos comunicados.

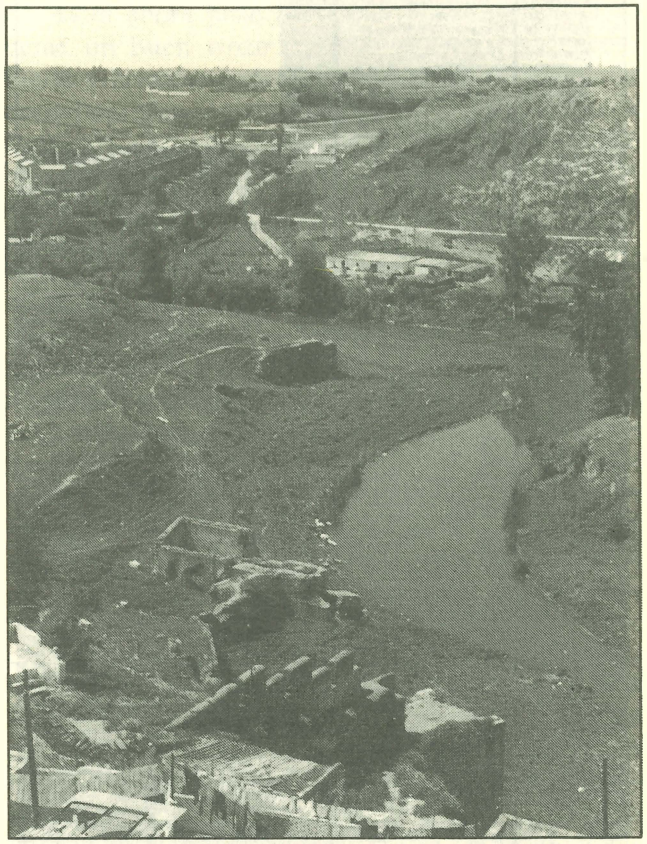
Miremos a nuestro alrededor y veremos de nuevo el mismo muestrario constructivo de torres que tiene el patio de la sima: siguen las tres torres de la muralla interior que ya vimos, pues pertenecen a los dos patios, de las que ya hablamos, y frente a ellas, en la muralla exterior que se enfrenta a Sevilla, está la otra octogonal cercana a la muralla cortada por los franceses, y más en el interior del patio, otra de planta cuadrada y de cantería y mampostería.

Limitando el patio por el Noroeste existe un pequeño foso seco, que lo separa de la parte que fue la más noble y protegida: el Alcázar del gran jefe. Tiene defendida su entrada también por otras dos torres, una de ellas hoy partida, que además por estar en la muralla exterior también defendía a ésta. La otra a nuestra izquierda es de las construidas totalmente de sillares, muy airosa todavía, asomándose por dentro al patio de los silos y al alcázar más íntimo y por fuera al Guadaira y al arrabal.

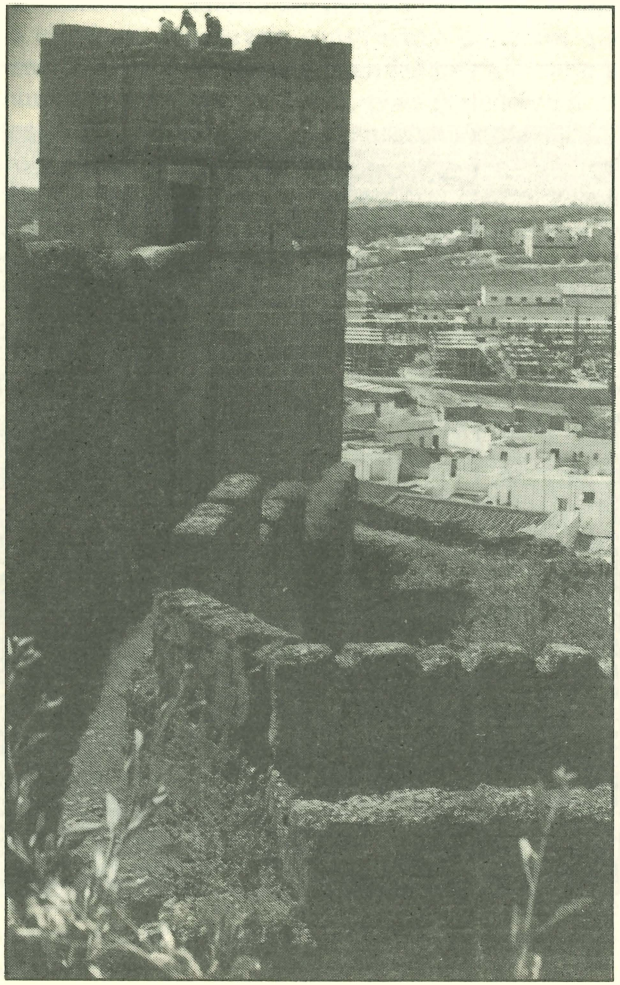
Siguiendo hacia la izquierda la muralla que separa estos patios altos del de la sima, se encuentra un pequeño torreón bajo con una terraza mirador, rehecho totalmente en los años cuarenta. Subamos a él y veremos hacia abajo una parte del arrabal llegando casi hasta el Guadaira, que en un meandro cerrado abraza la base del cerro completo del castillo. (Foto n.º 13)

Junto a él, está el destrozado molino del Arrabal, uno de los más entrañables molinos árabes de nuestro Alcalá, y restos dispersos de la última muralla exterior.

Al otro lado del Guadaira, se levanta un alcor



N.º 13. Arrabal y río desde el castillo.



N.º 14. Las siete revueltas.

sobre el cual, avanza el creciente pueblo que ya asoma con las edificaciones de sus nuevas barriadas.

Mira ahora justo a los pies de este torreón, y verás un buen trozo de la barbacana almohade, fuerte y hermoso todavía, al que llamamos las siete revueltas, (Foto n.º 14), que se pierde por nuestra izquierda, camino de la Torre de los Escudos y por la derecha sigue para rodear por abajo la Torre «Gorda» o del Homenaje. Partiendo de esta antemuralla o barbacana hacia el molino del Arrabal, se ven trozos de una coracha, gran muralla escalonada con torreones cubo, que exenta de la muralla superior, bajaba en línea quebrada hasta el molino y el río.

Desde esta terraza en que estamos, se accedía a las torres bajas del patio de la sima y aún puedes hacerlo sobre la fuerte muralla que permanece, pero su falta de parapeto con almenas, hace precisar valor y equilibrio para atreverse. Aunque merece la pena no me comprometo a recomendarlo, pero creo que ese parapeto es algo de lo que primero tendríamos que hacer en nuestro castillo, ya que esto añadiría un gran atractivo a su visita.

Bajemos de esta terraza y vayamos ahora hacia lo que fue el alcázar del gran jefe. Tendremos que pasar por la puerta que según el Padre Flores (y es lógico), fue de puente levadizo, y con ello entraremos en el alcázar más íntimo, el último y más defendido a ultranza. En él se alojaron algunos de los reyes árabes de Sevilla, estaba la princesa Alguadaira cuando llegó Fernando III, y Alfonso XI lo adecentó convirtiéndolo en palacete para que acogiera a su

amante y a los hijos que les fueron naciendo a ambos sin interrupción.

Antes de abandonar el patio de los silos, acordémonos de que don Juan de Cardellac, el importante arzobispo, estuvo dos largos años abandonado en el fondo de uno de ellos y que para sacarlo, vino el nuevo rey Enrique II, hijo de Alfonso XI y Leonor de Guzmán, encontrándolo ya casi perdida la razón y lleno de harapos y desidia. Lo había encerrado Pedro I, el rey que odió a nuestro castillo, símbolo de la humillación de su madre y de él mismo.

Enrique reviviría en su memoria y corazón, los años felices de su niñez y adolescencia que había vivido entre estas torres y murallas, con sus importantes padres y sus hermanos.

Entremos ya en el alcázar íntimo y volveremos a sentir que la tristeza nos embarga al ver su estado de techos caídos, murallas vencidas y polvo y silencio. El antemuro que da al foso, conserva las importantes troneras defensivas, lo que podría indicarnos una reciente construcción, cristiana sin duda, por su forma de cruz y porque las armas de fuego empezaron a utilizarse a mediados del siglo XIV, precisamente con Alfonso XI. Pero fijémonos en estas troneras y veremos que es postiza la parte que contiene la cruz y la tronera en sí, por lo que la muralla debió de ser anterior. Volvemos a pensar en los aguerridos Guzmanes y Ponces de León, que tanto fortalecieron nuestro castillo en el siglo XV.

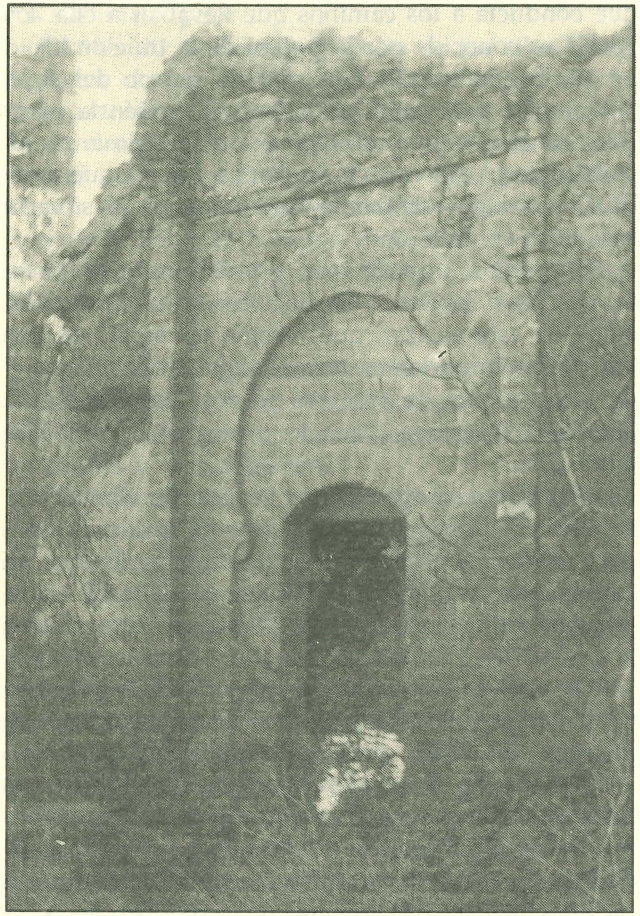
Pasemos más adentro y descubriremos la puerta de salida directa hacia Sevilla, de bella traza, reconstruida, que apunta hacia la capital por la falda que conducía a los caminos que llevaban a ella. En Alcalá es conocida por la puerta de la traición. (Foto n.º 15). Según importantes autores parece del siglo XIV, por lo que pudo ser Alfonso XI quien la mandase construir, pero también pudo ser Almanzor el constructor, para conectarla con su huerta que estaba al pie, algo totalmente lógico, lo que la situaría más lejos en el tiempo.

Entremos un poco más, y próximo a esta puerta, casi bajo la Torre Gorda, vemos los restos del aljibe de este alcázar, que recogía las aguas de lluvia de las importantes terrazas que tenía encima y de las azoteas de las tres torres, entre ellas la albarrana o «gorda», que lo protegían o cobijaban entre ellas.

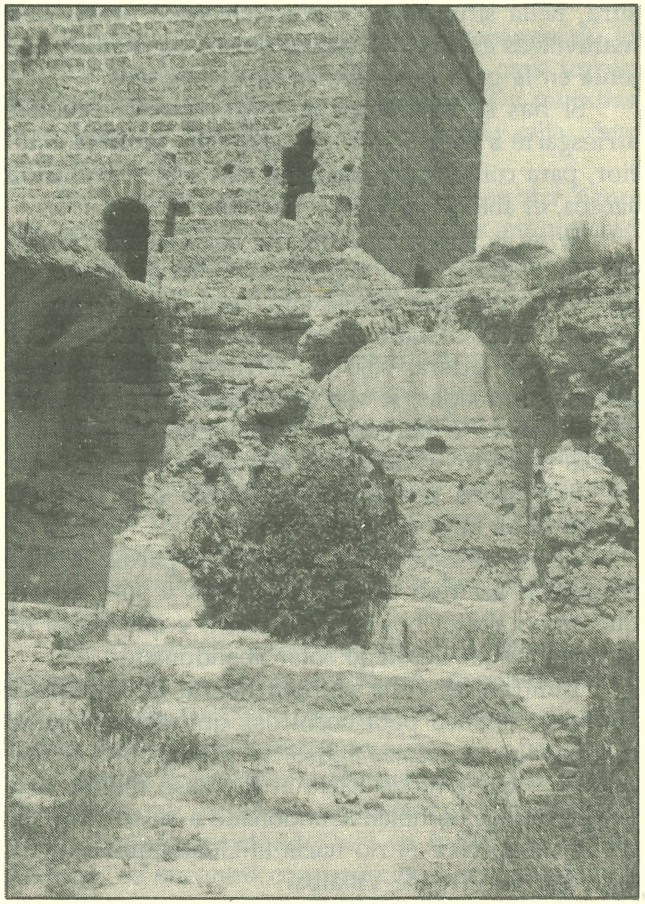
El aljibe es hoy sólo una especie de alberca con su escalera destrozada en el rincón, que mal sirve para subir hasta la torre importante y la otra que ya comentamos, asomada a las siete revueltas y el río por una cara y al patio de los silos y este alcázar por otras. (Foto n.º 16)

Si eres valiente y estás ágil todavía, atrévete a subir por la rota escalera del aljibe para poder visitar estas dos torres, pues merece la pena.

Arriba de la escalera verás los restos de las grandes terrazas, que en algún momento estuvieron tan llenas de arriates y macetas, que su gran cantidad de flores las hicieron famosas y hasta algún autor imaginativo, más cariñoso que prudente, las comparó con los jardines colgantes de Babilonia. El brocal del aljibe con su carrillo, soga y cubetas, estaba



N.º 15. La puerta de la traición.



N.º 16. Ruinas del alljibe y su escalera.

en ellas dándole un toque de tipismo, y su hermosura, bella situación y cuidado vergel, serían una maravillosa expansión para la dueña del alcázar, que tenía en la gran torre su mansión particular.

Si has subido hasta la torre, también puedes arriesgarte a escalar por su maltrecha escalera interior, para contemplar desde su más alta y avanzada azotea, el abierto espacio y paisajes.

Se ve la ladera que miraba hacia Sevilla, cortada a pico por un hoy parado almacén de aceitunas, que dejamos que se clavara profunda e hirientemente en el costado de la Alcazaba.

En esa ladera, bajo las torres y murallas antiguas o reformadas, se ven sólo restos semienterrados del antemuro o barbacana inicial, confundidos con trozos de torres y de la muralla superior, que rodaron desgajados por el tiempo, desde bajo la Torre Gorda hasta bajo la Torre Mocha.

Al pie de esta ladera también se perdió la vida magnífica del tren de los panaderos y su estación, que embocaba al hoy cerrado túnel, y que ahora no es más que un desolado solar abandonado.

También se ve la antigua huerta de Almanzor el Chico, (Manso para nosotros), que dormita junto al Guadaira de tristes aguas, ya muy pobres y maleadas, y que avanza hacia el hermoso molino árabe del Realaje, también abandonado a su suerte. Tras de él, desaparece el río hacia el Guadalquivir, ocultado por el cerro de Villalba.

Los cerros de Malasmañanas y del Moro, se nos muestran cubiertos de casas sobre la calle Orellana y la carretera de Sevilla. Bajo ellos serpentea la ga-

lería de nuestro acueducto, desde el molino de la Mina hasta el Zacatín.

También puede contemplarse el conjunto de lo que fue la Alcazaba o Castillo con sus once torres, donde nos encontramos, con sus puertas y murallas separándola-defendiéndola de su propia villa, después barrio de Santa María.

En la ladera que va hacia el molino del Arrabal, con sus calles, cuevas y casas del antiquísimo barrio, se ven todavía más restos de murallas, torres y portillos, que ya vimos desde la terraza del patio de los silos.

Contemplando tanto esfuerzo en torres y murallas, fosos, barbacanas y aspilleras, tan estudiadas y realizadas con un sentido globalizador tan completo de escalonadas defensas, permite esto creer en una resistencia casi interminable ante un asedio, pero en realidad no existe constancia de que sirvieron en las dos grandes ocasiones ya históricas de la llegada de los árabes y de la entrega a los cristianos de Fernando III.

En el mes de junio del año 712, Ibn Nusath (Musa), Valí de África del Norte, dependiente de Damasco, mahometano, se apoderó de Alcalá y no consta que ésta se le resistiera.

Cuando el imponente Musa aparece con su ejército-horda, tan extraño y multicolor por la altiplanicie de los alcores donde hoy se halla el Instituto Monroy, se encontró con una cerca amurallada, rodeando a una pequeña población, defendida por varias torres. Venía de Carmona e iba hacia Sevilla, que se le rendiría tras un asedio de varios meses.

Era la misma ruta que 534 años después realizaría Fernando III, el rey cristiano, con el mismo itinerario e intenciones: Desde Carmona para Sevilla, encontrándose con Alcalá que se le rindió.

La historia se repitió más de medio siglo después, con unas «malas mañanas» de incertidumbre y terror para los habitantes de nuestro pueblo y de las hermosas huertas de su entorno, contemplando frente a sus murallas un ejército conquistador.

En el ejército que vio frente a sus murallas Mulease, el alcaide mahometano de Alcalá, destacaban mucho más los quinientos caballeros de Muhammad I o Ibn Nasar Alhamar, rey de Granada, que los trescientos del rey cristiano, y pensó que en lugar de una lucha cruenta defendiendo una difícil por extensa cerca, sería inteligente por su parte aceptar su vasallaje al rey de Granada, que después agradecido se iría, dejándolo de nuevo dueño de su pueblo.

Saliendo de sus murallas, entregó humildemente al granadino las llaves de Alcalá, pero de inmediato sufrió la angustiosa sorpresa y humillación, de ver que el arrogante rey de Granada rendía pleitesía y entregaba también humildemente sus llaves al rey cristiano, y que fue éste quien entró triunfante en su querido pueblo, donde desde siglos vivían sus antepasados mahometanos.

La población que seguía en el arrabal descendiente de los primitivos pobladores, y judíos y cristianos que se habían ido agregando y estableciendo allí, tampoco se sentirían inclinados a defender con sus vidas la fortaleza que estaba sobres sus cabezas,

sólo para evitar que en ella se instalase un dueño distinto.

Hoy, al ver a este hermoso castillo destrozado, al revivir imágenes de la actividad, ajetreo y sentimientos que llenaban estos rincones ahora polvorientos y olvidados, la grandeza que irradian todavía, inunda el pecho de orgullo y de tristeza.

Nos hemos ensimismado evocando acontecimientos desde esta inmejorable atalaya, proa de la nave del castillo que avanza hacia el Guadaira como para partir camino de Sevilla, pero bajemos ya a la estancia de la torre. Miremos por sus tres ventanas en tres direcciones distintas, que aunque desde la azotea lo vimos más libre y abierto todo, aquí podemos al mismo tiempo, rememorar la intimidad de Leonor y Alfonso XI, sus más célebres poseedores, entre tapices, cortinajes, muebles y cojines, solos o con sus muchos hijos, durante varios años.

Al irnos, tenemos que volver a bajar trabajosamente por la escalera del aljibe, y al hacerlo, recordemos que en esta escalera malvivió durante muchos meses, sobre un aljibe con agua, el Maestre de Calatrava, D. Diego García de Padilla. Abandonado, sucio y sobre todo desesperadamente angustiado, vivió y durmió aquí, hasta que lo sacaron para ajusticiarlo. La crueldad y el odio de Pedro I contra los partidarios de sus hermanastros y nuestro castillo, y el horror y la desesperación de D. Diego, impregnaron este rincón con sus duros efluvios.

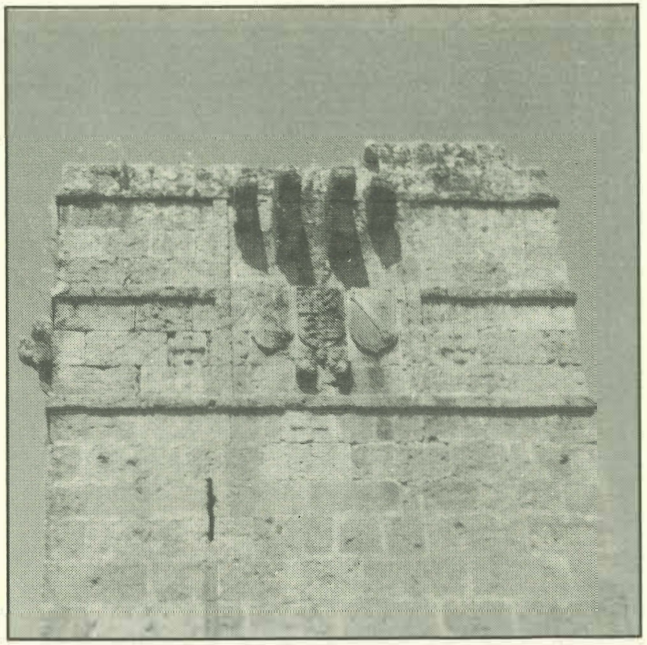
Salgamos del Castillo impresionados por su fortaleza todavía y veamos en nuestra imaginación estos patios cruzados por árabes tranquilos o

ajetreados, y después por los caballeros, Alcaides y servidores castellanos, pues en todo tiempo tuvieron que ser lugares de belleza y movimiento entrelazados.

EL ARRABAL

Tras atravesar la muralla cortada por los franceses y la puerta principal, vayamos hacia la derecha para el Arrabal, que empezaba tras la puerta que estuvo junto a la Torre de los Escudos, pero antes visitemos subiendo un poco y a la derecha, la muralla que está sobre las últimas casas de la carretera. Desde allí veremos otra panorámica distinta del Arrabal, la Iglesia de San Miguel entre sus casas, y la carretera que sube.

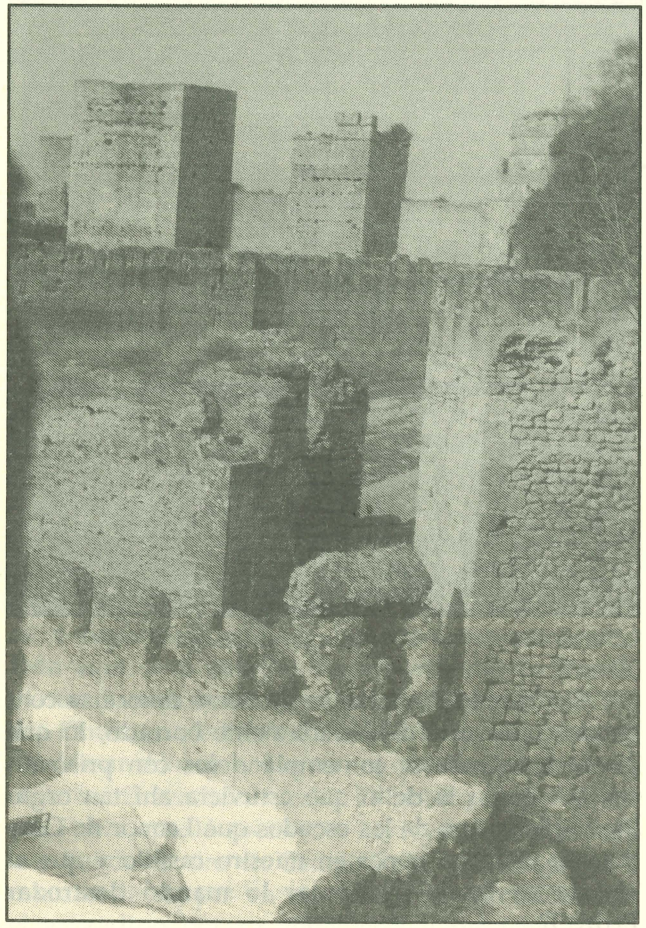
La Torre de los Escudos, (Foto n.º 17), la podemos contemplar frente a nosotros, rebosante de poder todavía, y presumiendo de sus escudos: El del centro es el regio de Castilla y León a quien perteneció todo aquí; a la derecha vemos otro con La Banda, blasón de una orden de caballería, que según el Padre Flores, concedió Fernando III al rey de Granada Ibn Nasar Alhamar, que fue al que verdaderamente se le había rendido Alcalá. El blasón, según el Padre Flores, quedó sucesivo a los reyes siguientes: era una Banda de oro en Campo Rojo, con dragantes o cabezas de sierpes en sus extremos, merecidas por el granadino por su obediencia y servicios. ¿Está aquí este escudo como loable reconocimiento de ese hecho?



N.º 17. La Torre de los Escudos

Del escudo de la izquierda no se conoce su contenido, pues está deliberadamente borrado, lo que puede comprobarse contemplándolos con prismáticos. ¿A quién le dolió que estuviera ahí tan orgulloso? ¿Sería uno de los escudos que Leonor de Guzmán se obligó a poner en nuestro castillo y que al ser de su linaje particular lo mandó destrozar Pedro I?

Contemplada la Torre de los Escudos, entremos en la azotea de un torreón que con estrecho acceso,



N.º 18. Restos de la Puerta del Arrabal.

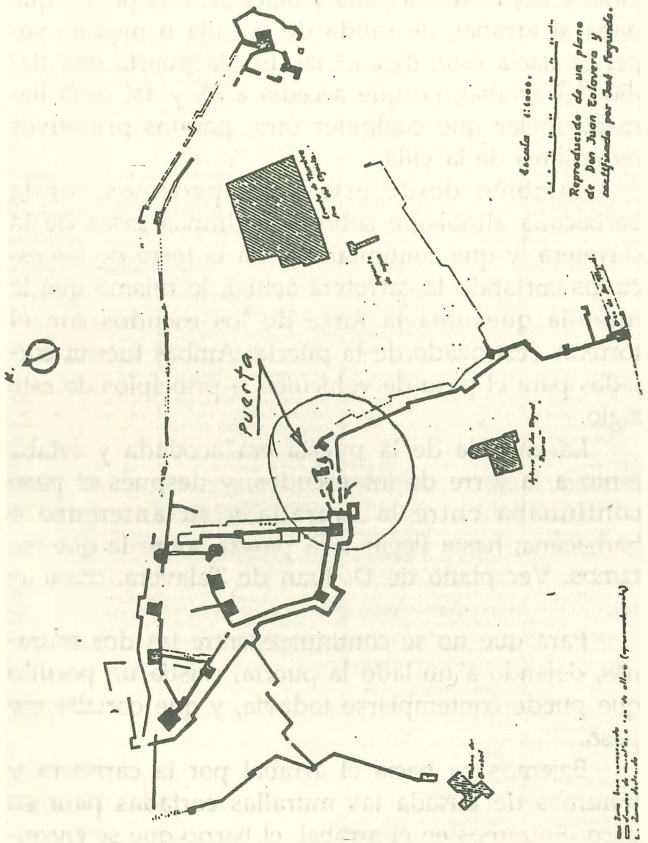
está a nuestra misma altura. Fue uno de los torreones que con otro cuyos restos pueden verse junto y bajo éste, formaba y defendía a la puerta que daba al arrabal, de salida de la villa o medina superior hacia éste. (Foto n.º 18). Era la puerta que llamo del arrabal, porque accedía a él, y así sería llamada mejor que cualquier otra, por los primitivos moradores de la villa.

También desde esta torre podemos ver la barbacana almohade sobre las últimas casas de la carretera, y que continuaba hacia la torre de los escudos cortando la carretera actual, lo mismo que la muralla que unía la torre de los escudos con el torreón destrozado de la puerta: Ambas fueron cortadas para el paso de vehículos, a principios de este siglo.

La entrada de la puerta era acodada y estaba junto a la torre de los escudos, y después el paso continuaba entre la muralla y su antemuro o barbacana, hasta llegar a la puerta sobre la que estamos. Ver plano de D. Juan de Talavera. (Plano n.º 19).

Para que no se continuase entre las dos murallas, dejando a un lado la puerta, existía un portillo que puede contemplarse todavía, y que cortaba ese paso.

Bajemos ya hacia el arrabal por la carretera y miremos de pasada las murallas cortadas para su paso. Entramos en el arrabal, el barrio que se encontraron los cristianos pegado a la villa superior y que como pasaba en las encorsetadas ciudades amuralladas, iban creciendo junto a una puerta. Sus calles,



N.º 19. Plano del castillo, por D. Juan Talavera.

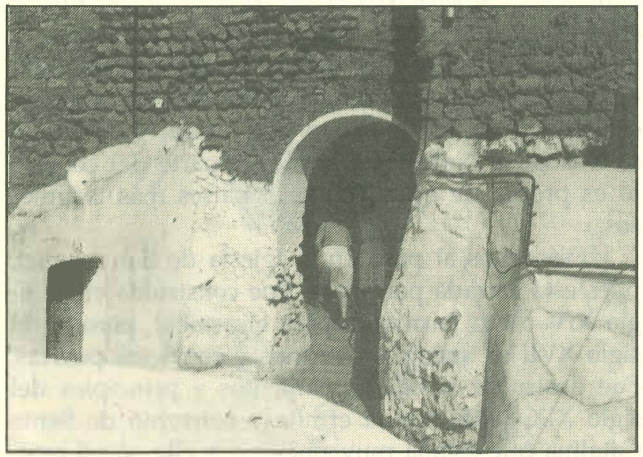
hoy nuevas en su mayoría, construidas en una ocupación de retroceso, coinciden muy pocas con el trazado árabe, pero ahí están y si te encuentras con ánimo puedes visitarlas, pues todavía tienen típicos rincones, antiquísimas cuevas todavía habitadas, y trazados estrechos y tortuosos. También tiene algunos espacios abiertos muy pobres, aunque embellecidos por el corte sobre el Guadaira, pero la salubridad e higiene de la mayor parte del conjunto es propia de otras épocas o países más lastimosos.

Fijémonos al paso en la iglesia de San Miguel, pues está cerrada por ahora. Fue construida en el siglo XIV como parroquia para el arrabal, pero en el siglo XVII se quedó sin vecinos y cerró sus puertas. Fue destruida hasta sus cimientos a principios del siglo XIX, junto con la ermita y convento de Santa Catalina que estaba muy próxima a ella, y así estuvo más de un siglo y la conocimos, hasta que en la gran reforma de los años cuarenta de este siglo, se reedificó.

Sigamos por la calle de su nombre que la rodea por arriba y al poco entraremos en una de las partes que tiene todavía, el sabor de lejanos tiempos. Tras un recodo y estrechez, nos encontraremos con el arquillo de San Miguel, (Foto n.º 20), puerta que cortaba la muralla de levante y por donde nació y fue creciendo la calle que tomó su nombre, aún muy bella y sugerente. (Foto n.º 21).

El arco tiene sobre él restos de su torreón defensivo que se mantiene adosado a la poderosa muralla.

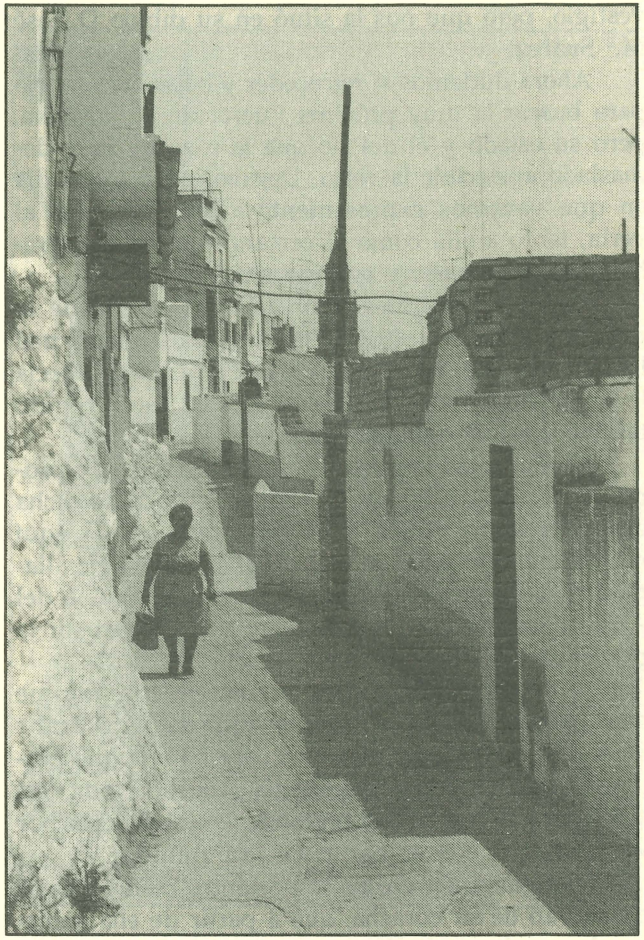
Una vez visto un buen trozo de la calle, creo que en esta primera visita debemos retroceder, para no dejarnos atrás sin conocer, la única gran puerta



N.º 20. Arquillo de San Miguel.

que nos queda entera: la de la calle Ancha o de San Fernando. Para ello volvamos a pasar bajo el bonito arco de San Miguel y bajemos en busca de la puerta mencionada que ahora es la más importante de las que conservamos, por la primera calle escalonada que al retroceder aparece a nuestra izquierda, antes de llegar de nuevo a la iglesia de San Miguel. A su final, desembocaremos en la carretera de subida, cerca de la puerta buscada.

Antes de ir hacia ella, pensemos que en la orilla opuesta de la carretera y justo enfrente de la calleja por la que acabamos de bajar, estuvo la ermita



N.º 21. Calle San Miguel

de Santa Catalina de la que no nos quedó ningún vestigio, pero que nos la situó en su dibujo D. José M.ª Suárez.

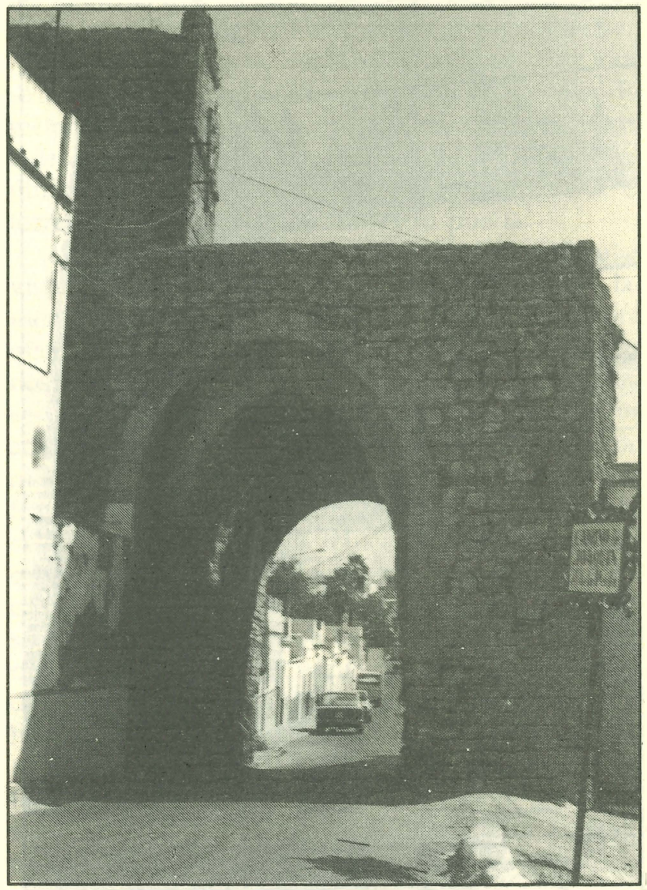
Ahora dudemos si retroceder y bajar hacia el río para buscar la muy próxima Puerta de la Barqueta, pero su estado y el del río que la roza no hace demasiado apetecible la visita. Dejémosla para otro día en que vayamos expresamente a entristecernos al verla, tanto a ella como al cercano molino del arrabal más destrozado y perdido todavía.

Continuemos pues hacia la gran puerta de la calle San Fernando, (Foto n.º 22), a la que algunos mal llaman arco de San Miguel y el Padre Flores decía le llamaban puerta de Triana, lo que fue recogido también por Hernández Díaz.

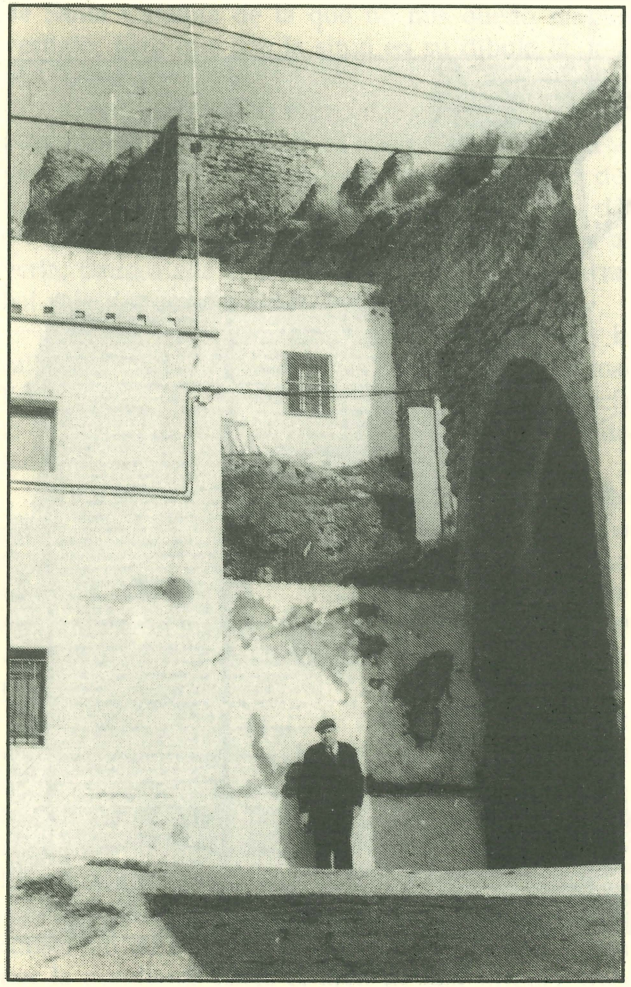
Ninguno de los dos nombres me parece apropiado: el de San Miguel ya lo tiene el arco de dicha calle que antes vimos, y el de Triana resulta aquí muy extraño y fuera de lugar. Tal vez debíamos llamarla puerta de San Fernando como a la calle, o del Arrabal por acceder directamente a él y no existir la primitiva del arrabal.

Antes de cruzarla, fíjate en esta puerta, porque aún produce orgullo el contemplarla. Fue árabe como la muralla que llamamos coracha a la que perteneció, que limitaba y defendía el arrabal por este lado, pero la puerta fue repasada y embellecida por los cristianos, con su particular arte mudéjar.

Fíjate también en los importantes restos que se conservan de su coracha, que a partir de ella suben por la pendiente hacia el arco de San Miguel. (Foto n.º 23)



N.º 22. Puerta de la calle Ancha.



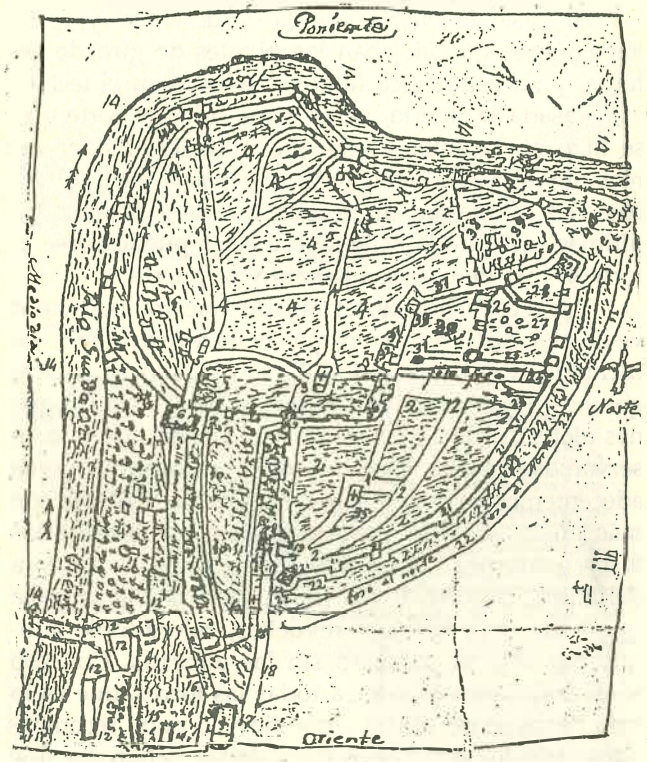
N.º 23. Muralla (Coracha) sobre calle Ancha.

Al pasar la puerta, mírala desde abajo, y verás los agujeros que alojaban los pivotes de giro de las hojas, y un estratégico hueco defensivo en el techo.

Pasada la puerta, verás a los lados el corte que se hizo en la antemuralla que impedía acceder directamente a ella, obligando a rodearla junto al rebaje del monte, en un recodo que hoy ocupan las últimas casas de la calle. Sobre estas puede verse el torreón que defendía el pasillo y la puerta.

Y ya está: hemos terminado nuestra particular visita del castillo, y creo que hemos disfrutado, lamentado, visto y sentido, el gran legado en piedra que nos dejaron nuestros antepasados, y es justo que nos alejemos de él, pensando y pidiendo que lo conservemos siquiera: Que hagamos por mejorarlo; que adecentemos lo que tenemos haciéndolo visitable con más gusto, y para ello empecemos por limpiar los fosos, cerremos las puertas, arreglemos la escalera del aljibe, el corte de los franceses y la alta muralla que está sobre las siete revueltas, colocándole aunque sea sólo el parapeto sin las almenas. Con eso sólo, podríamos acceder a todas las torres, que es lo más hermoso de visitar y que hoy no pude recomendarte, por los equilibrios o escaladas peligrosas que hay que realizar para conseguirlo. Las torres presentan detalles arquitectónicos muy diversos, interesantes y bellos: bóvedas, escaleras, restos de pinturas, saeteras, etc., son su rico muestrario, que está ahí esperándonos cuando podamos acceder a ellos para disfrutarlos con suficiente seguridad.

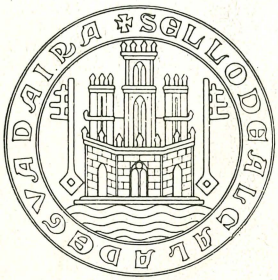
* * *



N.º 24. Alcalá amurallado, en plano de D. José M.º Suárez.

Explicación del plano del Castillo de Alcalá de Guadaira: 1. Iglesia de Santa María del Aguila; 2. Calles y manzanas de casas ya destruidas de su antigua collación; 3. Iglesia de San Miguel; 4. Calles y casas ya destruidas de su antigua collación; 5. Ermita de Santa Catalina Mártir y cuevas antes y después de ella; 6. Puerta del Castillo que mira a la calle ancha de San Miguel; 7. Entrada para esta puerta y fortín en lo alto que la defendía; 8. Muralla con escala y fortines que subía desde dicha puerta al arquillo llamado de San Miguel; 9. El dicho arquillo de San Miguel que parece haber sido entrada y salida en cubierta para los números siguientes; 10. Calle cuesta de San Miguel y otra a la falda del monte que con muralla pequeña o fortines dominaba a la calle Ancha y cuevas en dicha cuesta por derecha e izquierda; 11. La dicha calle Ancha, cuevas en lo bajo a la derecha y huerta a la izquierda. 12. Plaza de la calle Ancha con las calles y casas junto a la fuente, puerta, barranca, matadero y cuesta a la Plaza de las Eras; 13. Mina en dicha Plaza de las Eras; 14. Puente y río Guadaira; 15. Torre que se llamó de Miranda en la calleja de Ochoa, conocida hoy por de Santiago; 16. Hospital de la Sangre reunido en el de Santiago; 17. Parroquia de Santiago; 18. Cuesta de Santa María; 19. Arco de Santa María. La entrada por este arco, el altar o capilla que tenía a su frente. La puerta con armas reales que mira a Santa María. El salón o recinto entre esta puerta y la Torre Mocha, cuyo solar tenía asientos altos y bajos (como las Casas Capitulares de Sevilla) demuestran haber estado aquí las Casas Capitulares como se dijo al folio 29 y tomo 2º, fol. 450; 20. La Torre Mocha; 21. Lienzo de muralla que desde esta Torre llegaba hasta la puerta con puente levadizo para entrar en el Castillo (n.º 24); 22. Barbacana o segunda muralla, que según unos no corría más que desde la Torre primera junto al puente levadizo (n.º 24) hasta la Torre grande o mayor del n.º 29, y otros la siguen hasta por alrededor de la Torre Mocha (n.º 20). Van señalados también con el n.º 22, no sólo dicha barbacana en la forma explicada sino también el foso al norte y el pedazo de monte o subida dificultosa entre dicho foso y la barbacana; 23. Muralla pequeña con su puerta que defendía la puerta principal del Castillo con el puente levadizo de enfrente; 24. Dicha puerta y puente levadizo, siguiendo la entrada a la izquierda entre la muralla de la plaza (n.º 25) y la exterior que daba vista al foso. Esta exterior tenía y tiene troneras para armas de fuego; 25. Muralla de la plaza de los Silos que, aunque abierta por los franceses y cortada frente del puente levadizo y entrada principal, corría antes entre las dos torres primeras redondas a la forma romana: sigue la dicha muralla con dos torres cuadrada a la derecha y tres a la izquierda corriendo todo sin impedimento hasta la torre n.º 29 y por entre las dos que con esta forman el triángulo n.º 28; 26. Con este número se designa en particular la torre que daba paso de una plaza a otra teniendo un arco hacia cada una en lo bajo de ella con sus puertas, según demuestran los quicios; 27. Son los Silos; 28. Ultimo recinto del castillo que llaman comúnmente el Baño de la Reina. Tenía azoteas sobre bóvedas fortísimas con puerta al foso de la Plaza de los Silos y otra a la derecha; 29. Torre grande que algunos llaman de las Armas, pero con más propiedad doy este título a la del n.º 32; 30. Plaza de la Sima, que también llaman de las Armas en la que y en la anterior se demuestran por unas líneas algunos lienzo de paredes que servían de cuarteles. Lo que llaman «porra del gigante» discurro sería chimenea; 31. La Sima; 32. Torre de las Armas frente de San Miguel; 33. Otra torre en la dicha plaza de las Armas o de la Sima en la que hay una cabeza de piedra sin saberse ni discurrirse de quien sería; 34. Muralla que corría desde el arquillo de San Miguel hasta el arco de Santa María mirando a la calle Ancha y al mediodía en lo alto del monte; 35. Cueva subterránea con varios conductos de que hay vestigios detrás de la capilla mayor de la iglesia de Santa María con correspondencia al parecer con la que está a la subida de la cuesta de Santa María, a la izquierda antes del Arco; 36. Muralla alta desde el arquillo de San Miguel hasta la torre n.º 32 pasando por cima de las dos fortalezas que tenían puerta pequeña en la de la izquierda frente a San Miguel; 36 bis. Muralla segunda o barbacana que tenía troneras como para mosquetería u otras armas de fuego; 37. Otra muralla baja con las mismas troneras, que seguía desde dicha torre hasta la grande del n.º 29; 38. Escala por donde se bajaba al río y molino teniendo puerta enmedio para las calles n.º 4; 39. Son cuevas en aquel sitio; 40. Punta de despeñadero inaccesible, hacia el río; 41. Muralla exterior que desde el mismo despeñadero iba descendiendo hasta el molino del Arrabal; 42. Dicho molino del Arrabal; 43. Puerta llamada de la Barqueta por la que es tradición hacían salidas ocultas, embarcándose para los campos de enfrente; 44. Continúa la muralla exterior próxima al río desde el molino del Arrabal hasta la puerta del castillo en la calle Ancha de S. Miguel señalada antes con el n.º 6 y que se llamó puerta de Triana.

Flores, Padre Leandro José de. *Memorias de Alcalá de Guadaira. Tomo I.* Manuscrito autógrafo, propiedad de D. Manuel del Trigo. Alcalá de Guadaira.



IMPRENTA GUADAIRA, S. L. - ALCALA